

SEMANARIO

PINTORESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

1849.



MADRID.

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION
A CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCXLIX.

INDICE DE ARTICULOS.

El Alcázar de Segovia, pág.	2
Colegio de S. Bartolomé en Salamanca, por D. Francisco W. Plaza,	10
Puerta de Monzon en Palencia.	29
La catedral de Palencia.	33
La tumba de Pelayo, por D. N. Castor de Caunedo.	34
El Puente de Ocimos.	52
El castillo de Monte-Frio.	73
San Pedro de V. llanueva, por D. N. Castor de Caunedo.	77
El castillo de Tor-de-Humos, por D. V. Garcia Escobar.	113
Daoiz y Velarde.	129
Santa Eulalia de Abamia, por D. N. C. de Caunedo.	140
Ibiza, por el Tio Fidel.	158
Palacio de Aranjuez.	161
Santo Toribio de Liebana, por D. L. Martinez de Velasco.	177
Casa-ciudad de Vitoria.	209
La virgen de la Almudena.	211
La capilla de los Benaventes, por D. V. Garcia Escobar.	212
Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.	225
San Isidoro del campo, por D. J. Amador de los Rios.	228 y 233
La rabida, por D. J. Amador de los Rios.	257
Granada cristiana, por D. J. G. Alcántara.	281
Tordesillas, por D. F. de la Rosa.	284
La cueva de Benidoleig, por D. R. Salomon.	347
Parroquia de Santiago en Calahorra, por D. J. A.	404
Entrada del ejército cristiano en la Alhambra de Granada.	409
Inscripciones hebreas, por D. A. M. G. B.	51
Origen y etimología de los dioses manes.	135
De la época en que comenzó á hacerse uso del caballo en diversos países.	145
La tizona del Cid, por D. N. Magan.	148
Origen de las cartas de juego.	151
De las antiguas cortes en España.	217
Descubrimiento y traslación de los cuerpos de los amantes de Teruel.	235
Leyenda de Virgilio, presentado como hechicero.	241
Coronación de los reyes en Aragon.	273
Sepulcro de los reyes Godos Chindasvinto y su muger Recisverga, por D. F. Garcia Solominos.	275
Leyes y costumbres antiguas, por D. R. Salomon.	228
Instrumentos cortantes de los antiguos.	409
Geroglíficos Egipcios.	414
D. Juan de Austria, por D. Luis M. Ramirez y Las-Casas Deza.	26
Fernando Gallegos, por D. A. Gil Sanz.	57
Fray Diego de Deza, por D. A. Gil Sanz.	73
Ruiz González de Clavijo, por D. F. Godoy Alcántara.	81
Cristóbal de Mondragon, por D. M. J. Diana.	165 y 173
D. José Utrera y Cadenas.	177
Joaquin Caprara.	211
Alvarez.	219
Pedro Pablo Rubens.	289
Pico de la Mirandola.	333
Fray Pedro Esteve, por D. R. Salomon.	345
D. Francisco Ramos del Manzano, por D. A. Gil Sanz.	562
Apóstoles Evang. y Mártires.	99-107
Motin contra Esquilache por D. C. Rossell.	201-109-218-226
Creacion de la orden de la Banda por D. C. Rossell.	249-265
Recuerdos de la armada invencible.	290-297-505-815
El Cid por Hartzenbusch.	313-321 y 338
Origen progreso y estincion de la orden de Malta, por D. C. Rossell.	323-329 y 346
Muerte de Ana Bo'ena.	363
Los infantes de Lara por D. L. M. Ramirez y las Casas Deza.	369
Hechizos de Carlos II, y causa de Fray Froilan Diaz.	385 y 394
El lago de Trasimenia.	2
Lima.	17
Palacio del Bey en Argel.	25
La Abadia de Lapaiz, en la isla de Chipre.	41
La Tumba de Gesner en Zurich.	43

Laberinto de la catedral de Reins.	48
Rio Janeiro y sus cercanias.	49
Orillas del Danubio.	65
Viage á la Italia, Continentes por don S. Constanzo.	66
Viage á la Nueva Granada.	89 y 121
Jerusalén.	97
Imperio de Marruecos.	137
El Bundel Kand.	145
El Rio de la Plata.	169
Descubrimiento y ocupacion de la California, por los Españoles, por D. J. Godoy Alcántara.	170 y 171
La pesca de las perlas.	191
Meissen.	193
Taiti.	155
Descripcion de la caverna de San Pedro.	245
La montaña de oro en China.	265
Ligera excursion por algunas ciudades de la Suiza moderna.	235 y 299
El castillon de Chillón.	305
Guaimas en el golfo de Californias, por D. V. Calvo.	326 y 332
Los Alpes.	369
El puerto de Dieppe.	377
La boca de la verdad.	352
El Serrallo.	353 y 361
Los Yaquis, por D. V. Calvo.	353
Costumbres de Nueva Holanda.	367
Teatro mecánico chino.	385
El monte Sinai.	413
Introduccion, por D. A. Fernandez de los Rios.	2
Del estado que alcanzan las ciencias históricas en España, y apuntes criticos sobre las obras de este genero nuevamente publicadas, por D. A. Cánovas del Castillo.	153-153-262
Plácido, por D. E. Bravo.	348 y 366
El Amor de una Reina, por D. F. Navarro Villoslada.	3-11-20
La Caverna del Diablo, por D. J. Heriberto Garcia de Quevedo.	30-37
La locura contagiosa, por D. J. E. Hartzenbusch.	42
Los últimos amores, por D. G. Romero Larrañaga.	52-59-68-74
Nuestra Señora del Amparo, por Don G. Tejedo.	86-102-109 y 127
El niño desobediente, comedia de Don J. G. Hartzenbusch.	94-115
Antes que te cases mira lo que haces, por Lucifer.	135 y 143
Beatrice Cenci, por D. S. Constanzo.	150
La cruz de la Esmeralda, tradicion popular, por J. de Ariza.	164
Peso de un poco de paja, leyenda piadosa, por Fernan Caballero.	173
La velada del helecho ó el donativo del diablo, por Doña G. G. de Arnedo.	179-188-198-206-214-220
La independencia filial, comedia por D. J. E. Hartzenbusch.	186-191-204
Los dos amigos, por Fernan Caballero.	231
Un abad como hubo muchos y un cocinero como no hay ninguno, por D. J. G. A.	236
Transmigracion del alma de un hombre al cuerpo de una pulga, por Don J. Mieg.	238
Un testamento falso.	243-253-260
La querida de un soldado, por D. V. Barrantes.	269-278-286-291
La casa del duende y las rosas encantadas, cuento, por D. J. Gimenez Serrano.	303-308 y 317
La princesa del bien podrá ser, por D. J. de Ariza.	334
Sola, por Fernan Caballero.	342 y 350
La suegra del diablo, cuento popular, por Fernan Caballero.	371
Gentil Zubi, tradicion vizcaina, por D. J. E. D.	374
El manguito, el abanico y el quitasol, por D. J. de Ariza.	12-22-45
Un elegante de provincia.	39
Un dia bien empleado ó la vida de un Ministro, por el Licenciado Redondo.	91
El compadre, por Gimenez Serrano.	133
Pobre Periódico, por F. S.	159
La plaza de Oriente, por D. J. de Ariza.	276
Lo que se puede ver desde una ventana interior de una casa de Madrid, por D. A. Neira de Mosquera.	300
De la igualdad en Madrid.	344
Madrid y los pueblos.	355
Entierro de un niño.	358
La mañana de un literato.	381
El corral del Principe en 1620, por D. A. Romero Ortiz.	401
Lo que es un baile, por D. M. de Na-	

varrete.	404
Una visita de encargo.	411
El Bostezo, por Fr. Gerundio.	5
El 30 de abril, por D. J. E. Hartzenbusch.	6
Escena de una comedia inédita, por D. M. Breton de los Herreros.	14
El Ajimez de la torre de las Infantas, por D. J. Zorrilla.	55-63
La Desposada de Amor, por D. G. G. Avellaneda de Sabater.	78
La Cruz, por D. G. G. Avellaneda.	111
La Prudencia, por D. J. E. Hartzenbusch.	168
El Asno feliz, por D. J. E. Hartzenbusch.	168
La Verdad sospechosa, por D. J. E. Hartzenbusch.	175
El Viudo, por D. J. E. Hartzenbusch.	176
Uno de tantos, por D. J. E. Hartzenbusch.	176
A la señorita doña Luisa L., serenata, por D. J. Zorrilla.	183
A orillas del Darro, por D. J. Zorrilla.	199
Matrimonios á la moda, por Fr. Gerundio.	200
El Ciego, por D. V. Barrantes.	215
Diálogo entre un galán y el eco.	239
La Sed de oro, por D. F. de la Iglesia y Darrac.	264
La Pesadilla, por D. J. Zorrilla.	271
Poesias españolas del siglo XIII.	298
El Amanecer, por D. F. de la Iglesia y Darrac.	319
Las aguas del Tajo, por D. A. Marina y Gutierrez.	328
A una noche de Estio, por D. F. Vila y Goyri.	359
A... , por Espronceda.	368
Hacen en su corte, por D. J. Zorrilla.	375
A una flor, por D. T. Rodriguez Rubi.	384
Madrigales, por D. R. Maria Barali.	392
La Herencia del poeta, por D. J. E. Hartzenbusch.	396
Fracmento de una meditacion en las ruinas, por D. N. Pastor Diaz.	399
Al Excmo. señor D. P. de Sabater, por D. G. G. de Avellaneda.	416
Vida de Jesucristo.	99
Diccionario geográfico estadístico de España y sus posesiones de Ultramar, por D. P. Madoz.	105
Historia del P. Mariana, continuada hasta nuestros dias.	156
Epístolas ó sea juicio que un suscriptor ha formado de los recuerdos de un viage en España que publica D. F. de P. Mellado, y apéndice al tomo.	379-390-397
La Tierra, descripcion geográfica.	388
Del Caedrillo.	45
El Narval ó Unicornio de mar.	62
La Cigueña, por D. J. A. y A.	114-216
Del Diamante, por D. V. Argenta.	216
Del movimiento general que se verifica cada dia en el cielo.	287
Las Gacelas.	307
De las plantas venenosas.	356
El Phithon á dos rayas.	401
¿Qué es la belleza.	7
Dias de la semana.	7
Anécdotas.	8
La camisa del hombre feliz.	16
Epoca de algunas fundaciones y descubrimientos notables.	16
Un capricho.	24
Cerebro del hombre comparado con el de los demas animales.	24
Matrimonios.	32
Prueba de la verdad por el fuego.	40
Sentencias.	40
Fatalidad.	40
Las cenizas de Phocion.	57
La cuaresma.	58
Investigaciones sobre las diversas formas del año en los pueblos antiguos y modernos.	62 y 71
Modo de aprender á dibujar sin maestro.	70
Los gustos.	71
Descripcion de la ciudad de Esparta.	79
De los sentidos.	86
Táctica naval.	86
Trebaldo de algunos escritores durante su cautividad.	88
Acercamiento de los cristianos desde el I al XIX siglo.	103
Cultos de Austria.	103
Cultos del canton de Ginebra.	103
Peso de la cabeza del hombre y de la muger en sus diferentes edades.	104
De la construccion de armas de fuego	

en Madrid desde su origen.	125 y 129
Los pretestos.	133
Las cuentas del gran capitán.	144
Máximas y pensamientos.	160186-240
	-320-336 y 352
Casas de madera en América.	174
Máximas y pensamientos.	176
El sueño del Soldado.	183
La sangre y los Cabellos.	183
Secreto para vivir muchos años.	192
Fábula oriental.	216
Infidelidad de las mugeres entre los romanos.	248
Un signo de Salvación.	256
De los Timbales.	300
Incendio de una pradera.	304
Coche de ceremonia en Constantinopla.	311
De los geroglíficos.	311
Coste que han tenido algunos edificios de la Habana.	312
Peso de las campanas mas notables de Europa.	312
Facilidad comparativa de la digestion.	312
Antídoto para el veneno.	312
Madera que produce la Isla de Cuba.	312
Barco con ruedas de paletas.	320
Lo que es la suerte.	320
El Ruote.	329 y 363
El perro Barry.	336
La guerra.	337
De la domesticidad en Inglaterra.	359
Carreton de vela en China.	344
La verdad, por P. de Medina.	344
La inapetencia repentina.	351
Sustraccion divertida.	351
Fundiciones de bronce.	367
Carro con velas.	373
¿Valemos nosotros lo que valian los antiguos? por D. G. J. L. de A.	377
El buen Samaritano.	383
Efectos de las bebidas.	392
El arca de Noé.	393
Una torcedura bien cuidada.	399
Geología.	400
El Mar Negro, y antiguo curso del Jordan.	406
Casamiento de un sacerdote en tiempo de Felipe IV.	407

TABLA DE GRABADOS.

El Alcazar de Segovia, por el señor Coderch.	1
El Lago de Trasimena, por el señor Sierra.	9
Colegio de san Bartolomé en Salamanca, por los señores Letre y Alvaro.	10
Lima, por el señor Sierra.	17
Palacio del Bey en Argel, por el señor Sierra.	25
Puerta de Monzon en Palencia, por los señores Urrabieta y Severini.	29
La Catedral de Palencia, por los señores Urrabieta y Kraskouski.	33
Sepulcro en la misma catedral, por los señores Urrabieta y Kraskouski.	34
La tumba de Pelayo, por los señores Letre y Coderch.	35
Gruta en que está la tumba de Pelayo, por los señores Letre y Diaz.	36
La Abadía de Lapais, por el señor Sierra.	41
La Tumba de Gesner, por el señor Sierra.	44
Rio Janeiro y sus cercanías.	49
El Puente de Hocinos, por los señores Letre y Severini.	52
Las Cenizas de Phocion, por el señor Sierra.	57
Orillas del Danubio, por el señor Sierra.	65
Escalera del palacio real de Madrid, por los señores Tomé y Kraskouski.	68
El Castillo de Montefrío, por los señores Letre y Severini.	76
San Pedro de Villanueva, por el señor Severini.	89
Viage á Nueva Granada, por el señor Coderch.	89-94 y 121
Jerusalén, por el señor Sierra.	97
El Jordan, por el señor Sierra.	100
Vista de Nazareth, por el señor Sierra.	100
El Mar Muerto, por el señor Sierra.	101
Jerico, por el señor Sierra.	101
Capilla de la Natividad en Belén, por el señor Sierra.	104
Palacio de Riera, por los señores Abrial y Burgos.	107
El Castillo de Torde-Humos, por el señor Severini.	113

La Fuente de la Alcachofa, por el señor Murcia.	120
Marruecos, por el señor Murcia.	136
Santa Eulalia de Abamia, tres grabados por los señores Letre y Sierra.	141-142 y 143
El Bundelkano por el señor Sierra.	145
Mezquita de Cordoba.	156
San Pedro de Cardena.	156
Sepulcros del monasterio de Oña.	157
Sepulcro del conde de Barcelona.	157
Palacio de Aranjuez, por los señores Letre y Redondo.	161
Arroyo del Rosario en el rio de la Plata, por el señor Vilaplana.	169
Casa de madera.	175
Santo Toribio de Liébana, dos grabados por los señores Letre y Alvaro.	178 y 179
Meisen, por el señor Vilaplana.	193
Haiti, por el señor Alvaro.	196
Valia de Taiti, por el señor Alvaro.	197
Casa ciudad de Vitoria.	209
La Virgen de la Almudena.	212
Portada del hospital de los árabes en Granada.	224
Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.	225
San Isidoro del Campo.	228
La Rábida.	257
La Montaña de oro en China, por el señor Sierra.	265
El Tajo de Ronda, por los señores Letre y Severini.	281
Una vista.	284
Dos vistas de Suiza, por el señor Diaz.	235 y 236
Retiro de los apóstoles en el valle de Josefat, por los señores Letre y Sierra.	297
El castillo de Chillon, por el señor Carnicero.	305
Templo de S. Juan en Malta.	324
Palacio de los grandes Maestres.	325
Vista de Guaymas, por los señores Letre y Sierra.	333
La cueva de Benidoleig, por los señores Letre y Urrabieta.	347
La punta del Serrallo, por el señor Carnicero.	353
Estanque de las Rosas, por el señor Carnicero.	361
Murallas del Serrallo, por el señor Carnicero.	362
La boca de la verdad.	362
Los Alpes, por el señor Sierra.	369
Una vista, por los señores Letre y Urrabieta.	375
El puerto de Dieppe, por el señor Sierra.	377
El Dos de Mayo, por el señor Carnicero.	388
Tumba de Napoleon, por el señor Redondo.	388
Capitolio de Wassington.	388
Fuente Castellana, por los señores Letre y Carnicero.	389
Fuente Egipcia del Retiro, por los señores Letre y Burgos.	389
Puerta del Sol, por los señores Letre y Burgos.	389
Universidad de Filadelfia, por el señor Redondo.	389
El Arca de Noé, por los señores Letre y Vilaplana.	393
La playa de S. Blas, por los señores Letre y Murcia.	759
Parroquia de Santiago en Calahorra.	404
El Monte Sinai.	414
Inscripciones hebreas, por los señores Blanco y Sierra.	51
Trages del siglo XIII, por el señor Redondo.	128
Marcas de los arcabuceros de Madrid, por los señores Letre y Gimenez.	153
La tizona.	148
Salon de las antiguas cortes.	217
El rey jurando.	218
Estátua de D. Alonso Perez de Guzman.	230
Estátua de D. Maria Alonso Coronel.	230
Los Amantes de Teruel.	235
Dos escudos.	252
Comitiva del Rey en la coronacion.	275
Lápida de Chindasvinto.	276
Mosaicos y monedas.	379
Entrada del ejército cristiano en la Alhambra de Granada, por los señores Pizarro y Redondo.	409
El Bostezo, dos grabados por los señores Urrabieta y Severini.	5-6
Escena de novela, por los señores	

Urrabieta y Coderch.	12
Historia de un manguito, por los señores Roman y Vilaplana.	22
Ocho grabados de Táctica naval, por el señor Coderch.	4 y 85
La confesion por los señores Alenza y Alvaro.	112
Daoiz y Velarde, por los señores Letre y Severini.	129
Escena de lucha con los indios.	182
El sueño del Soldado, por el señor Vilaplana.	185
La pesca de las perlas por el señor Vilaplana.	192
Un capricho, de Alenza.	238
La tienda, de Laban.	241
Una escena de novela, por el señor Sierra.	244
Los borrachos.	248
Cesar y Cleopatra.	249
Almuerzo dado á Colon.	259
Dos grabados de observaciones atmosféricas, por el señor Sierra.	257 y 288
Muerte de Rubens, por los señores Mugica y Redondo.	289
El timbalero, por el señor Murcia.	300
Incendio de una pradera.	304
Dos combates.	315
Un combate.	321
Percances de una ama de casa.	340
El buen Samaritano.	384
Teatro mecánico chino, por el señor Carnicero.	385
D. Juan de Austria, por los señores Letre y Coderch.	27
D. Diego, por el señor Lameyer.	70
Ruy Gonzalez de Clavijo, por los señores Roman y Coderch.	81
Estatua de Carlos V., por los señores Urrabieta y Burgos.	105
D. Pelayo.	153
Cristóbal Colon.	172
D. José Urrera y Cadenas, por los señores Roman y Alvaro.	177
Caprara.	211
Alvarez.	220
Enrique IV.	251
D. Enrique, infante de Aragon.	251
Espronceda.	273
El Cid.	313
Lavalette.	326
Pico de Lamirandola.	334
Fray Pedro Esteve, por el señor Urrabieta.	345
Peligros de Madrid, por los señores Urrabieta y Coderch.	8
Trages de Lima, por el señor Alvaro.	19
Su esclerosis no da audiencia, por los señores Vallejo y Sierra.	164
Motin contra Esquilache, tres grabados.	201 y 203
La manola, por el señor Redondo.	269
Peligros de Madrid.	400
El cocodrilo, por el señor Vilaplana.	15
El Narval ó Unicornio de mar, por el señor Vilaplana.	62
La cigüeña, por los señores Alvarez y Vilaplana.	115
La sangre y los cabellos, por el señor Alvaro.	188
La gacela, por el señor Murcia.	308
Las plantas venenosas, cuatro grabados por el señor Cruz.	357
La araña.	399
El Phiton á dos rayas, por el señor Murcia.	401
Geroglíficos.	32-94-96-136-163-200-240-272-312-344-476 y 408
Encabezamiento, finales y adornos.	119-127-152-406 y 417
Un capricho por el señor Sierra.	24
Laberinto de la catedral de Reims.	48
Anuncio de la Ilustracion.	56
Detalles de san Pedro de Villanueva, dos grabados por el señor Severini.	77 y 78
Cuestiones recreativas, 2 grabados.	154
Caballo ejecutado para la figura de Carlos V. por D. José Siro Perez, por los señores Urrabieta y Burgos.	264
Cuestiones recreativas.	278
Una fuente.	341
Coche turco por el señor Murcia.	341
Barco con ruedas de paletas por el señor Murcia.	340
Figura del Knonte por los señores Letre y Carnicero.	329
El perro Barri por el señor Urrabieta.	336
La guerra.	337
Carreton de vela en China.	341
Carro de velas por el señor Murcia.	374

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS. ENCICLOPEDIA POPULAR.



El Alcázar de Segovia.

7 DE ENERO DE 1849.

A LOS LECTORES.

No tomamos hoy la pluma para deslumbrar á nuestros lectores ofreciendo, sino para aparecer ante ellos con la tranquilidad del que tiene en su apoyo hechos que le abonen, y presentarles en medio de la prensa apasionada y tumultuosa de nuestros días, el primer número perteneciente á 1849, de esta modesta publicacion, que busca su apoyo únicamente en las simpatías que encuentra en el interior de las familias, en el interés que despierta en todas las clases, en el rico como en el pobre, en el niño como en el anciano, sin hacer uso del charlatanismo que hoy está en boga, sino esforzándose en conquistar por sí misma la estimacion del público. A esto debe que mientras ha visto morir centenares de periódicos frívolos ó perjudiciales, haya vuelto á ser mas popular, mas estimada que nunca.

Marcada la existencia del SEMANARIO desde enero de 1848, con una division tal que separase los tomos anteriores de una obra del mismo título, pero de mas pretensiones y con deberes mayores que llenar, no hemos faltado en nada á lo que dijimos en la introduccion estampada un año ha, al frente de la nueva obra que casi puede decirse que fundamos entonces.

El arte antiguo y moderno en sus mas bellos monumentos, la historia en sus páginas brillantes, la moral revestida de agradables atavíos, presentando sus lecciones con formas novelescas, la vida del sábio, las batallas del capitan, los lienzos del pintor, materias todas útiles en altos enseñamientos, han ocupado sucesivamente nuestras columnas; las ciencias han sido tambien despojadas de lo que pudieran ofrecer de abstracto y árido, y gracias á este trabajo, la arqueología, la filosofía, la literatura, la historia natural y otros conocimientos provechosos, no han encontrado lectores rebeldes. La mayor parte de los artículos han ofrecido al pie la garantía de un nombre apreciado ó distinguido en la república literaria, y los que carecian de esta cualidad, han justificado por ellos mismos que eran dignos de alternar con los primeros; hemos publicado tambien producciones de escritores con cuya colaboracion hace tiempo no ha podido contar ningun otro periódico; en punto á la eleccion de materias puede consultarse el índice que mejor que nada manifiesta la variedad y el cuidado, ya que no el acierto, con que hemos procurado dirigir el tomo que termina.

Háse distinguido este tambien por los notables progresos que hemos hecho en la ilustracion del testó. El SEMANARIO puede en la actualidad sostener dignamente la comparacion con todas las publicaciones de España, y aun con la mayor parte de las francesas, si se tienen en cuenta la diferencia de elementos y de suscritores de que disponen estas. Debemos advertir, y de ello nos gloriamos, que no hemos empleado ni emplearemos en nuestra publicacion trabajos debidos á manos extranjeras; obrar así, al propio tiempo que aspiramos á rivalizar con los mejores periódicos de Francia é Inglaterra, es para nosotros un deber que nos impone la indulgencia con que el público mira nuestras tareas, y el epíteto de español que va unido al título de nuestra obra. Si nos encontramos favorecidos con una proteccion decidida, no es para que guiados por miras interesadas lusquemos en el extranjero elementos buenos ó malos, pero sumamente económicos en comparacion con los del país; es para que demos ocupacion á nuestros artistas, para que les estimulemos á hacer adelantos, para que despertemos en ellos el espíritu de emulacion respecto á los extranjeros; así al menos comprendemos nosotros los deberes de una publicacion popular y pintoresca cual es el SEMANARIO, y la prueba de que

en esta parte hemos acertado á interpretar exactamente los deseos del público, es el aumento extraordinario de lectores con que contamos y la posicion ventajosa que nuestro periódico ha adquirido en el mundo literario y artístico. Solo, sin el patrocinio de editores, sin el apoyo de pandillas, avanza animosamente en la bella y fecunda carrera que por su índole está llamado á recorrer, sin que ninguna publicacion española le aventaje, ni aun le iguale.

A esto debe sin duda el privilegio de que ninguna tampoco cuente el número de lectores, verdaderamente extraordinario con relacion á España, que hoy tenemos; circunstancia que apuntamos, no como un alarde vano, sino como un hecho que queremos dejar aquí consignado, para que se vea cómo correspondemos nosotros á la obligacion que por él contraemos de marcar con nuestros esfuerzos, en lo que estimamos, este aumento de suscritores, y por consiguiente de medios de mejoramiento.

No es esta la vez primera que nos ha cabido la honra de trazar algunas líneas de gratitud hácia el público, que con distintos motivos ha tenido ocasion de juzgarnos ya hace algunos años. Callamos, pues, todo lo que aquí podríamos decir de nuestros proyectos, porque preferimos siempre los hechos á las palabras; lo que aseguramos es que no hemos desperdiciado las lecciones de la esperiencia y que no nos detendremos en el camino que tenemos trazado; por lo demas puede formarse idea de las mejoras que introducimos por el presente número con que inauguramos el tomo de 1849. Esto vale mas que todas las promesas imaginables, y habla mas alto que todos los prospectos del mundo.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

EL ALCAZAR DE SEGOVIA.

Uno de los estudios mas agradables, á la par que instructivos, de que se ocupa el SEMANARIO, es de la descripcion de los antiguos monumentos de nuestra patria, cuya historia se halla enlazada con la nacional de España. Estos mudos testigos de las costumbres de honor y galanteria de pasadas edades, vacen aislados en solitarias colinas ó en casi ignorados valles, sin mas habitantes que las aves de rapiña; pero ya que la indiferencia de la época los va dejando hundir en el polvo, nuestra publicacion archiva en sus columnas los dibujos de tales riquezas artísticas, que ofrecen datos preciosos para el historiador, el artista y el poeta, perpetuando así un recuerdo de lo que fueron estos tesoros del arte que tanto abundan en España.

Entre los edificios mas curiosos que en ella se encuentran, merece un lugar preferente el magnífico alcázar de Segovia, hácia el cual vamos á llamar hoy brevemente la atencion de nuestros lectores. Está colocado en una situacion sumamente pintoresca, en la cima de una inmensa roca cuya falda baña el Eresma, rio estrecho y tortuoso. La construccion de este castillo formidable es obra de distintas épocas, sin que sea fácil fijar exactamente la de su primitivo origen, que debió ser en los siglos X ú XI: en las diversas modificaciones que ha sufrido, ha sido mutilado lastimosamente en gran parte del carácter de severidad y del estilo de su época. Algunos suponen que el plan primordial fué trazado por D. Alonso el Sábio, que le habitó el primero; sufrió luego varias alteraciones durante las luchas incesantes que sobrevinieron, y mas tarde Herrera, el célebre arquitecto del Escorial, este hombre eminente que como Miguel Angel tenia una antipatia invencible hácia las obras de sus antecesores, y que en sus restauraciones procuraba borrar el estilo de los monumentos que le desagradaban, guiado por una intolerancia hija de una obcecacion que tenia por origen el espíritu de partido, profanó el pátio, los balcones y la escalera principal, que perdieron por efecto de este error su carácter de venerable antigüedad.

El interior del edificio corresponde á la magnificencia y suntuosidad del exterior; todos los adornos han sido ejecutados por artistas árabes.

El que visite el alcázar de Segovia, no dejará de escu-

char una tradicion popular que sus habitantes refieren indispensablemente al viajero, al mismo tiempo que le señalan, una ventana, teatro, segun suponen, del cruel acontecimiento que vamos á referir. Es, pues, el caso, que hallándose una nodriza en uno de los balcones del alcázar con un infante en los brazos, éste, haciendo un movimiento, se desprendió de ellos y cayó desde una altura de muchas varas sobre las rocas que sirven de cimicento á la fortaleza. Aquí se dividen las opiniones de las viejas y los *cicerones* de Segovia: dicen unos que en el acto mismo la infortunada mujer se precipitó tras del infante, sufriendo la misma suerte que él; aseguran otros que fué el padre quien se encargó de cortar la cabeza de la nodriza; pero todos convienen en que esta pagó con su vida la viveza del infante.

El alcázar de Segovia ha sido destinado á diversos objetos: despues de servir de residencia real y de prision de estado, se halla en la actualidad ocupado por el colegio de artillería.

Aun se manifiestan al curioso en la fachada que mira á la ciudad algunas pequeñas claraboyas estrechas y enverjadas, por las cuales mas de un infeliz recibia el aire suficiente para conservar la existencia, sin el consuelo de ver el cielo. Sin embargo, algunos prisioneros distinguidos que han ocupado aquella prision, han sido tratados á cuerpo de rey. Uno de ellos fué el duque de Ripperdá, holandés de origen, español naturalizado, y ministro de Felipe V, que habiendo caido en desgracia con su señor, tuvo por cárcel las mejores habitaciones del alcázar, y 300 doblones mensuales por via de alimentos.

A pesar de la comodidad con que vivia prisionero, es tal el precio de la libertad, que poco satisfecho de su suerte logró evadirse de la fortaleza, gracias al auxilio de una jóven segoviana y de un ayuda de cámara, de nacion francés; y despues de haberse hecho católico, protestante, y segunda vez católico, se hizo musulman, y fué generalísimo del emperador de Marruecos.

Este audaz aventurero no supo, á pesar de todo, conservar su posicion hasta el fin. En las inmediaciones de Tanger se señala al viajero una miserable habitacion, donde murió en edad avanzada, poco menos que desterrado.

No creemos interesante á nuestros lectores una descripcion artística, detallada, del alcázar de Segovia, trabajo por otra parte en el cual no podríamos hacer otra cosa que repetir lo mucho que sobre el particular se ha escrito.

EL AMOR DE UNA REINA.

NOVELA (I.)

CAPITULO I.

Hermosísimas princesas hubo en todos tiempos en Castilla; pero ninguna tanto como la reina doña Urraca, hija de Alfonso VI el *Magnánimo*. Las crónicas se complacen en pintarla con vivísimos colores; y á juzgar del mérito de su belleza por la multitud de sus apasionados, los hechos no desmienten por cierto las acaloradas descripciones de los cronistas.

Muy niña todavía, era citada como dechado y prodigio de hermosura en la corte de Leon. Su padre habia confiado la educacion de la infanta al conde Don Pedro Ansurez, en

(1) El reinado de doña Urraca de Castilla y de Leon, es uno de los mas oscuros y embrollados de nuestra historia. Tenemos sin embargo acerca de él un libro, de los que suelen, mas que en ninguna nacion, escasear en la nuestra; unas *Memorias contemporáneas*. Ocultas, y de muy pocas conocidas por espacio de mas de seiscientos años, hasta que aparecieron impresas á fines del pasado siglo, merced á la laboriosidad del P. M. Florez, han sido posteriormente no muy leídas por la repugnancia que inspira una historia abultada y escrita en un latin semibárbaro y en muchos pasages ininteligible.

Sobre ella hemos escrito una novela intitulada «*Doña Urraca de Castilla, Memorias de tres canónigos*» que van á publicar con grabados, los Sres. Gaspar y Roig. A ruegos del director de este periódico resumiremos en tres ó cuatro capitulos la fábula de esta novela, desnudándola de mil episodios, que si no hacen la obra interesante, la harán por lo menos voluminosa.

defecto de su madre: mucho se desvelaba el buen conde por guardar aquel peregrino tesoro; pero ¿pueden nunca suplir los desvelos de un extraño, por los cuidados de una madre?

Sin ella doña Urraca, abrió presto al amor las puertas del corazon. Un caballero de los mas apuestos y bizarros de la corte, el rico hombre de Altamira, hizo sentir á la infanta las primeras inquietudes de una pasion que se presentaba suave y mansa, para llegar á ser en breve cruel y tiránica. Todos amaban á la princesa, todos envidiaban la suerte de aquel caballero en quien se fijaban unos ojos capaces de arrastrar consigo la mitad del cielo, como Lucifer con su palabra; solo el afortunado galán en quien los ojos se fijaban, permanecia sereno, indiferente, y algunas veces hasta esquivo y desdeñoso.

En vano la Princesa le importunaba con sus ruegos, y procuraba enternecerle con sus lágrimas: el rico hombre de Altamira conservábase inflexible y duro como el mármol.

¿Qué extraño era que así sucediese, si el, en apariencia, insensible galán estaba enamorado, y casado en secreto con una beldad, mucho mas modesta, pero de mérito tan raro y de precio tan subido como la Infanta de Castilla?

Llamábase esta dama Doña Elvira de Froilaz, hermana menor del conde de Trava, y vivia en uno de los castillos que tenia su hermano en el reino de Galicia. Allí estaban tambien los estados de su esposo, y allí fué éste á parar huyendo de los amores de doña Urraca. El cielo vengó bien presto á la Princesa de la ingratitud del caballero: no habia pasado mucho tiempo desde su desaparicion de la corte, cuando llegó á su noticia la muerte del rico hombre de Altamira.

Lloróle, sin embargo: lloróle como si él no le hubiese hecho derramar lágrimas mas que por su muerte, y algun tiempo despues, importunada por su padre y por la razon de estado, tan fuerte y poderosa en los reyes, entregó su mano á Raimundo de Borgoña, conde de Galicia.

No le amaba doña Urraca, pero le apreciaba, y la estimacion de su esposo por una parte y por otra el recuerdo todavia fresco de aquel amor tan puro como desgraciado, bastaron para que la condesa de Galicia pudiese ahuyentar de su corazon las peligrosas sugestiones del despecho. Pero el esposo y el padre desaparecieron casi á un mismo tiempo: Doña Urraca se vió sola, viuda en la flor de su edad, y sentada en el trono de Castilla; creyóse dueña y soberana de su voluntad; veíase la mas hermosa de su corte y al mismo tiempo la mas desdeñada, y sintiendo cierta inclinacion que mas bien pudiera llamarse preferencia, hacía el conde Don Gomez Gonzalez Salvadores, quiso darle su mano, puesto que la conveniencia pública reclamaba un nuevo esposo para la jóven reina.

Aplaudieron algunos su pensamiento, porque Don Gomez era uno de los mas cumplidos caballeros de aquel tiempo; pero la mayor parte de los ricos hombres lo desaprobo, proponiéndola en su lugar para compartir el trono de Castilla, al rey de Aragon y de Navarra, Don Alfonso el Batallador.

Grandes razones políticas habia á la verdad para que los próceres del reino prefiriesen enlace semejante: Don Alfonso, hombre de tanto valor como fortuna, fué el primero que concibió el gran proyecto de unir en una sola frente todas las coronas de España, y al ver el trono de Castilla ocupado por una débil muger, creyó llegada la ocasion oportuna de llevar á cabo sus magníficos planes.

Comenzó disputando á Doña Urraca sus derechos á la corona, y espuso los suyos, fundado en ser el único varon descendiente por línea recta del rey Don Sancho el Mayor, tronco de donde procedian las dos familias reinantes en Aragon y Castilla.

Este era un pretesto, nada mas que un pretesto: Alfonso el Batallador, fundaba sus principales argumentos en lo grande y deslumbrador de su empresa, y en las esperanzas que hacia concebir su espada, siempre desnuda, y siempre victoriosa.

Ahora bien: los ricos hombres de Castilla conocieron que de ningun modo podian conciliarse mejor los incontestables derechos de la una, con los soberbios planes del otro, que uniendo á entrambos con los vínculos del matrimonio. Doña Urraca, en virtud de una cláusula del testamento de su padre, tenia que obedecer y seguir los consejos de los grandes para contraer segundas nupcias; Doña Urraca no se opuso á los deseos de sus cortesanos; quiso ser buena hija; pero no pudo ser buena esposa. Casóse con el rey Don Al-

fonso el Batallador, sin renunciar por eso á los amores del conde Don Gomez.

A pesar de ser mas soldado que galan, y mas ambicioso que delicado, el rey de Navarra, que ya comenzó á titularse emperador de España, no pudo tolerar los ultrajes de su esposa. Encerróla en el Castellar; pero de allí pudo escapar con el favor de su amante. Púsose éste al frente de las tropas castellanas para vengar á la reina; apenas lo supo Alfonso el Batallador, salió á su encuentro con los aragoneses y navarros.

Encontráronse los dos ejércitos cerca de Sepúlveda en el Campo de la Espina; y el rey, deseoso de lavar la mancha de su honra, fué á buscar en medio de las haces enemigas al amante de la princesa; hallóle al fin, y cuerpo á cuerpo quiso combatir con él. No duró mucho tiempo la pelea; el rey gozó el horrible placer de la venganza, dejando á su rival tendido en el campo, encharcado en su propia sangre. Los castellanos se pronunciaron en derrota, viendo muerto á su caudillo, y en su fuga no pararon hasta Burgos, donde la reina estaba aguardando nuevas de su amante.

Llevóselas el conde Don Pedro de Lara, que mandaba la retaguardia del ejército. Mas no con la muerte de Don Gomez Gonzalez Salvadores se remedió el mal; á Don Gomez le sucedió en el favor de la princesa el conde de Lara, portador de las nuevas de su muerte.

Ademas del partido del rey y de la reina, de castellanos y aragoneses, comenzaba á la sazón á brillar un tercer partido que tenia puestas sus esperanzas en el príncipe Alfonso, hijo de Doña Urraca y del conde Don Raimundo de Borgoña, y que apenas tenia entonces diez años.

Caudillos eran de este bando Don Pedro Froylaz, conde de Trava, ayo del niño Alfonso, y el obispo de Santiago Don Diego Gelmirez, á los cuales seguían no pocos caballeros descontentos de las usurpaciones de Don Alfonso el Batallador y de los escándalos de Doña Urraca. Tenia tambien el príncipe su ejército en Fuente Culebras, cerca de Astorga; y desde el Campo de la Espina fué el emperador á derrotar á los secuaces del hijo, como habia derrotado á los de la madre.

Después de esto se dirigió á Soria donde de ordinario tenia su corte, y allí repudió pública y solemnemente á Doña Urraca, reteniendo sin embargo, los reinos de Leon y de Castilla, como bienes dotes de su muger que habia dado causa para el divorcio.

En tal situación se hallaban las cosas públicas, cuando principiaron los acontecimientos que vamos á referir.

Doña Urraca habia fijado su corte en Lugo, con ánimo de vigilar al obispo de Santiago, de quien todo lo temia, y todo esperaba. El príncipe Don Alfonso vivia en Extremadura; y para evitar que se comunicase con el prelado y recibiese sus consejos, la reina tenia parte de su ejército entre Mérida y Santiago, y los caminos todos de uno á otro punto estaban plagados de espías y de partidarios suyos, que registraban á todos los pasajeros, y mataban y hacían prisioneros á los sospechosos.

Era casi imposible llevar ni traer mensaje alguno sin inminente peligro; pero conforme avanzaba el tiempo, y los escándalos de la reina se aumentaban, sentíase la necesidad de un pronto término á tan violenta situación. Para ponerse de acuerdo el obispo de Santiago y el príncipe Alfonso, ofrecióse á llevar unas cartas Ramiro, page del prelado compostelano, y disfrazado de peregrino llegó á Mérida con toda felicidad, protegido por las hermandades, formadas para defensa de los romeros.

Volvió después á Santiago con una carta del príncipe, de la mayor importancia, pues estaba reducida á concertarse con el obispo para ser proclamado como rey de Galicia, y coronado en la catedral de Santiago.

El joven peregrino al emprender la vuelta á Compostela, tuvo en el camino mil tropiezos de los que salió libre y exento, unas veces por su valor y otras por su industria, y ya tocaba los muros de su ciudad natal, el perro de su amo Don Diego Gelmirez habia salido á recibirle, cuando se vió acometido por bastante número de caballeros, á los cuales era imposible resistir.

Acosado muy de cerca y viendo que nada adelantaba con morir, puesto que sobre su cadáver se hallaría la carta del príncipe, llamó al perro, puso en su boca el pergamino, y sacudiéndole un palo con el bordon le gritó:

¡A casa, á casa!

Y el perro con el pergamino en los dientes pudo esca-

par por entre los pies de los caballos que cercaban al page.

Ramiro entonces ufano con el triunfo, se rindió á sus perseguidores.

Llevarónle estos á presencia de la reina de Castilla, que separada ya del marido, hacia gala y ostentacion de sus amores con el afeminado conde de Lara. Este se daba públicamente el aire de monarca, haciéndose odioso á los grandes del reino á quienes insultaba con su desmedida soberbia. Doña Urraca envuelta en aquella atmósfera de deleites, desconocía hasta qué grado los pueblos se habian resfriado en el amor y cariño hacia ella. Su corazón, sin embargo, estaba menos corrompido que exacerbado por la desgracia.

Cuando el page Ramiro llegó á su corte, sin verle siquiera mandó que le diesen tormento para arrancarle la declaración del mensaje.

Sus órdenes fueron al punto obedecidas.

Ramiro fué colocado en el potro y ya comenzaban las crueles operaciones de la tortura, y el joven page exhalaba gemidos lastimeros, cuando la reina se acercó á la sala del tormento atraída por el ánsia de escuchar las revelaciones importantes que iban á escaparse de los lábios de Ramiro.

Entró la princesa al tribunal, y dirigió una mirada indiferente sobre el lecho de tablas donde yacía amarrado el page del obispo.

Era Ramiro tan mozo que aun no habia cumplido veinte años: era tan bello y simpático que la reina no pudo ver sin lástima sus padecimientos.

Salióse del tribunal visiblemente conmovida y agitada; llamó al juez, y mandó suspender el tormento; tornóle á llamar, y le significó sus deseos de averiguar por sí misma y por medio de la persuasión y de los ruegos, lo que pretendía saber por la violencia.

Ramiro, repuesto apenas de sus dolores, fue conducido á la habitación de la reina.

En vano quiso esta rendirle con halagos y promesas para que manifestase el secreto del mensaje, en vano ensayó todos los medios de seducción de que era capaz una muger tan hermosa y experimentada como ella; el page leal y punzonoso, no hizo un gesto, no pronunció una palabra de que pudiese luego avergonzarse y arrepentirse.

Urraca de Castilla no pudo ver sin asombro aquella firmeza, aquella constancia, aquel valor en tan pocos años, y la admiración fuese convirtiéndose poco á poco en otro sentimiento mas íntimo y mas dulce.

No acusemos de liviandad esta vez á la princesa: tenia esta un motivo poderoso, irresistible para prendarse de Ramiro.

Ella no habia amado mas que una vez en su vida, en la aurora de su vida, cuando el rico hombre de Altamira se presentó en la corte de Leon. Aquel amor, el único que verdaderamente habia conmovido su pecho, era como el aura vital, que conservó muchos años pura, inmaculada el alma de la princesa; aquel amor borrado al parecer en su pecho con la huella de otras pasiones menos ideales, dormía en él sin embargo, y solo aguardaba un acontecimiento, una ocasión, un pretexto quizá para despertar de improvviso.

Esta ocasión habia llegado; conforme la reina iba fijando sus apasionados ojos en Ramiro, descubría en aquellas facciones cierta semejanza, cada vez mas asombrosa, entre el page del obispo y el rico hombre de Altamira.

Poco tiempo pasó, de pocas entrevistas hubo menester Urraca para sentir en lo profundo de su corazón aquel mismo afecto, aquel purísimo cariño, aquella violenta pasión de sus primeros años. Parecíale que desde la muerte del caballero de Altamira hasta la aparición del page no habia transcurrido mas que una noche, una noche de ensueños horribles, de imágenes repugnantes, y se consideraba pura todavía y virtuosa, como lo habia sido en la corte de su padre.

A la luz de aquel amor celestial consideró todo lo pasado, examinó su situación presente, y bajó los ojos avergonzada y confusa.

Pero ¿de dónde provenia aquella extraña semejanza entre Ramiro y su antiguo amante? ¿Era acaso una ilusión de su acalorada fantasía? ¿Era una nueva máscara que tomaba el ángel tentador para internarla mas y mas en la senda de perdición á que se habia lanzado?

Urraca procuró averiguar el origen de aquel mancebo, á quien cada vez amaba con mas pasión, y con pasión mas pura, de aquel mancebo cuya presencia habia bastado para disipar las impuras nieblas en que flotaba su corazón.

Nada halló sin embargo que pudiera satisfacerle. Ramiro era hijo de un hidalgo de Santiago, muerto muchos años antes, y vivía en aquella ciudad en compañía de su anciana madre y protegido de D. Diego Gelmírez, obispo de Santiago.

De todas sus pesquisas y averiguaciones solo pudo sacar en limpio una cosa, á saber: que el mensajero había vuelto de la corte del príncipe en muy diferente estado de cuando se había partido de Galicia. Su condicion parecía distinta; de alegre, travieso y vivaracho tornóse triste, sesudo y contemplativo. Doña Urraca sospechó al momento que en Mérida se había enamorado.

Considérese cuanta violencia no añadiría al incendio de su amor el combustible de los celos.

Con esta idea fija en su mente, con este dardo clavado en su pecho, Doña Urraca recabó del mancebo la confesion de sus amores. Era este harto joven para dejar de ser ingénuo; había sido demasiado inflexible con la reina en callar secretos que no le pertenecían, para negarse ahora á descubrir los que eran suyos exclusivamente.

Ramiro le confesó, no sus amores, sus dulces simpatías hacía la hermana del conde de Trava, Doña Elvira Froilaz.

Imposible nos es decir lo que entonces pasó por el corazón de la reina. Elvira Froilaz había sido su rival victoriosa en sus primeros amores; Elvira Froilaz érala también en los últimos; ella le arrebató el corazón del rico hombre de Altamira; ella también el del page del obispo. Aquella muger parecía destinada á robarle todos los objetos en que Doña Urraca ponía codiciosamente los ojos.

Concebía la princesa unas veces los mas horribles proyectos de venganza, otras por el contrario caía en una especie de estupor y abatimiento: parecíale que sobre su frente pesaba una eterna maldicion y que el ángel de las iras celestiales era Doña Elvira de Trava.

Deseando sin embargo, aparecer buena y generosa para Ramiro le puso en libertad; renunciando á saber por medio del tormento, el contenido de la carta del príncipe que tan fatal había de ser para el reinado de doña Urraca de Castilla.

No se contentó con esto. El conde Don Pedro de Lara había salido de orden suya para prender al prelado y despostrarlo de su anillo y báculo pastoral; tenía ya muy adelantados sus trabajos el amante de la reina á este propósito; habíase compuesto con algunos caballeros de Galicia partidarios del rey de Aragon y enemigos capitales de Don Diego Gelmírez; nada faltaba ya sino dar el golpe, cuando el page llegó á Compostela con un juramento escrito de la reina de Castilla, en que esta se comprometía á conservarse en paz y buena amistad con el obispo de Santiago, al cual cedía desde aquel punto tres de los principales castillos de aquel reino.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.



EL BOSTEZO. (4)

De los males contagiosos,
ó si se quiere epidémicos,
ó si se quiere simpáticos,
que reconocen los médicos,

(4) Este bellissimo romance fué leído con extraordinario aplauso en el Liceo

No hay uno mas impolítico,
ni mas porfiado y mas réprobo,
mas imprudente y estólido,
mas prosaico que el bostezo.

El buen tono le proscribe,
porque es anti-circunspecto,
anti-social, anti-urbano,
y muy anti-caballero.

Y sin embargo no hay dama,
no hay niña, joven ni viejo,
que *aliquando* ó muchas veces
no incurra en tal vituperio;

Que en tertulias ó en soires
en teatros ó en conciertos,
ó en academias científicas,
ó aquí mismo en el Liceo,

Alguna vez sus mandíbulas
no divorcie en tales términos,
que de las fauces y esófago
haga patente lo inédito.

El vulgo, y antes que el vulgo,
Hipócrates y Galeno,
ó lo atribuyen *al hambre*,
ó bien á fatiga ó sueño.

Posible son las tres causas,
pero yo opino que al menos
no se bostezará tanto,
si en este mundo proterbo

No hubiera malos cantantes,
poetas de malos versos,
y comedias desdichadas,
y habladores sempiternos.

Mas lo singular, lo raro,
lo admirable del bostezo,
no es la causa productiva,
es al contrario, su efecto.

Es su influencia simpática,
es ese contagio eléctrico,
es ese influjo tiránico,
es ese poder magnético,

Que no abre la boca un prógimo,
sin que su fatal ejemplo
siga otra boca envidiosa,
y otra boca y otras ciento.

Que mas de una vez he visto
en discursos ó en conciertos
estar con la boca abierta
casi el auditorio entero.

Y el orador ó cantante
traducir por embeleso
y por signo de placer
lo que era puro bostezo.

En vano á la boca aplican
para ocultar este afecto
las damas el abanico,
los hombres el pañuelo.

La educacion lo aconseja,
mas si acomete de récio,
no hay disimulo que baste
á tal descomedimiento.

La plebe y la gente mistica
llevan á la boca el dedo,
y con movimiento rápido
hacen de cruces un ciento.

Sin duda para que el diablo
no se les cuele al garguero;
como si el diablo no entrara
por conductos mas estrechos.

¡Oh, despótico poder
del mandibulario esfuerzo!
señores, en este instante,
ahora mismo estoy temiendo,

Que si hay una sola boca,
al recitar yo estos versos,
que tome la iniciativa
de honrarlos con un bostezo.....

Mas ya no es temor, que enfrente
una boca abrirse veo,
y otra mas linda aquí al lado,
y otra mas linda allá lejos.

En tal estado de cosas,

¿que prescribe el reglamento?
¿qué ordena la fisiología?
que me retire á mi asiento.
Pues lo dejo y me retiro
pero llevaré el consuelo
que esas mismas lindas bocas
que han bostezado á mis versos;



Cuando quiera y donde quiera
que este espasmódico afecto
las haya de acometer.....
á esta pena las condeno.
Sin que remediarlo puedan,
dedicarán un recuerdo,
reminiscencia ó memoria
al autor de este *Bostezo*.

FR. GERUNDIO.

FABULA I.

QUE SIRVE DE INTRODUCCION Á LAS DE D. J. E. H. (1)

EL TREINTA DE ABRIL.

De la furia del mar á duras penas
un viajero nadando se salvaba,
sumergida la nave que fletaba.
Calado el infeliz como una sopa,
sin aliento y sin ropa,
zozobroso pisaba las arenas
del suelo salvador; suelo que el hombre
ignoraba en verdad completamente
si era ó no continente,
y por supuesto su estension y nombre.
Del nombre no hay noticia;
isla se sabe que era;
nuestro viajante se embarcó en Galicia,
y el perdido bajel era un trasporte
que salió para América del Norte:
de aquí el lector infiera
la situación, si puede, verdadera
de la isla consabida;
la cual, por lo distante y reducida,
ó por otra razón, se les escapa
siempre á los constructores
de los atlas geográficos mejores,
y nunca la dibujan en el mapa.
—¿Qué especie de hospedaje,
se preguntaba el náufrago, me espera?

(1) Están ya en prensa, y saldrán á luz en breve.

Por todo este paraje
no hay tierra cultivada.
¿Si estará inhabitada?
¿Si tendré la desgracia de que encuentre
con un pueblo salvaje
que me ponga á tostar en una hoguera
y me aloje á bocados en el vientre?
De este modo confuso discurría
cruzando una espesura,
cuando ¡válgame Dios! ¡con qué alegría
vió un trillado sendero, donde habia
diversas en tamaño y en figura
huellas de cuatro pies con herradura!
— Ya (esclamó) no hay cuidado:
estoy en un país civilizado:
solo en un pueblo culto se procura
que gasten los cuadrúpedos calzado.
Siguiendo la vereda
en un camino entró llano y derecho.
— No hay camino sin gente. — Dicho y hecho;
una gran polvareda
se alza en la estremidad del horizonte;
divisanse entre el polvo diferentes
caballeros con armas relucientes,
plumas, preséas y admirable pompa;
repite el eco del vecino monte
rudo son de timbales y de trompa,
y óyese luego esclamacion festiva
de ¡viva el nuevo rey, viva el rey, viva!
Los ginetes se apean;
obsequiosos al náufrago rodean,
y antes que diga nada
ni acierte á disponer de su persona,
pónenle un manto real y una corona
que á prevencion la comitiva trajo;
súbnele á una carroza engalanada;
y entre clamores mil, con gozo grande,
majestad por arriba y por abajo,
mucho tirar al aire los sombreros
y dale que le das los timbaleros,
mándase al nuevo príncipe que mande
á su cocheró que ande,
y haciendo los caballos una curva,
por donde vino tórñase la turba,
gritando sin cesar; ¡Viva Facundo
milésimo octogésimo segundo!
—Vamos, dijo el monarca improvisado,
sin duda en esta tierra, que es ya mía,
Facundo se le pone,
llámese Andrés ó Juan, Luis ó Conrado,
á todo hombre de bien que se corone.
Bien antigua será la monarquía
donde, si llevan sin error la cuenta,
los reyes pasan ya de mil y ochenta.
—No le parezca extraño
á vuestra digna majestad (repuso
un page tieso cual si fuera un uso),
pues sin que valga aquí poder y amaño,
nuestros reyes gobiernan solo un año.
Hoy, último de abril, la providencia
cada año nos envía
un jóven para rey; desde tal día
trescientos reinará sesenta y cinco
sobre vasallos, cuyo solo abinco
darle gusto será con su obediencia.
Mas aun estando con el rey contentos,
corridos los trescientos
sesenta y cinco días, ordinario
número que tener el año debe,
no trayendo febrero veinte y nueve,
su majestad, allá de mañana
que quiera ó no, recibe
la incómoda visita
de catorce alguaciles y un notario,
cara de enterrador, que le apercibe
diciéndole cortés, pero algo recio;
Llegó San Indalecio;
treinta de abril es hoy, y el calendario
de este dominio reza
que mude la corona de cabeza.
Dejarla es necesario.

Ya vuestra majestad es rey cumplido;
 vuestra merced se dé por despedido.—
 ¿Vé, siguió el informante,
 vé vuestra majestad allí delante,
 sobre una yegua inquieta,
 un zángano que toca la trompeta?
 Pues es un extranjero
 que ha sido rey aquí y es trompetero.
 —¡Trompetero! ¡Gran Dios! gritó el monarca!
 ¿No supo ese infeliz llenar el arca
 para pasarlo bien, rey jubilado?
 —No era por cierto su codicia parca;
 pero en este país que separado
 está del mundo entero,
 dá la casualidad que no hay dinero.
 —Bienes habrá y alhajas,
 y para echarles mano
 prometo no dormirme entre las pajas;
 raya en barbárie ya que un soberano,
 luego que cese, reducido se halle
 á tocar la trompeta por la calle.
 —Las alhajas, señor, y las haciendas,
 lo que rinden y artículos iguales,
 no son aquí del rey, son encomiendas
 y bienes vinculados nacionales.
 Durante el año puede
 con ellos darse el rey soberbio trato;
 pero á treinta de abril, fuerza es le quede
 todo á su sucesor mas inmediato;
 solamente sacar se le tolera
 dos camisas ó tres, una montera
 y un traje de sotana muy sencillo.
 trage de sacristan ó monaguillo.
 —¡Jesus! ¡qué sociedad tan chapucera!
 interrumpió Facundo: ¡lindo pago
 para el que reina bien! ¡Famosa ganga,
 entrar de rey para salir monago!
 ¡Bah! reíneillo al fin de morondanga.
 Por último, sepamos lo importante:
 pasado el treinta del abril temido,
 ¿cómo suele vivir un rey cesante?
 —Vive de la carrera que ha emprendido
 para poderse manejar mañana:
 bien si le da de sí; mal si no gana.
 Sugetos hay de los que fueron reyes
 que interpretando leyes
 viven con esplendor; quién es banquero,
 quién sastré, quién obispo, quién herrero;
 vende agujas el uno, el otro pinta;
 y con suerte distinta
 no falta quien abraza
 la descansada profesion de vago,
 profesion de funesto desenlace,
 que seguida del ambre y del zurriago,
 dá por constante suerte
 vida infeliz y desastrada muerte,
 pues ni en la clase ilustre ni en la baja
 ninguno come aquí si no trabaja.
 Cesó el paje de hablar, y el rey contesta:
 —Eso no me disgusta:
 vivir de mi trabajo no me asusta.
 Sepa el amigo paje
 que por juego una vez tejí una cesta:
 con un año cabal de aprendizaje
 tiempo se me figura que tendria
 para aprender aquí la cestería.
 Desde hoy constantemente
 seis horas al oficio me consagro,
 hasta que labre un cesto que en su clase
 por un esfuerzo pase
 del arte cesteril, por un milagro.
 Su majestad salió tan excelente
 en trabajar el mimbre, gordo y fino,
 que en el concurso de la industria vino,
 por navidad, á conseguir el premio,
 siendo solemnemente declarado
 primoroso oficial, honor del gremio.
 Al fin de su reinado,
 quedándole por única prebenda
 su rara habilidad, abrió su tienda
 que nunca se veía

de concurrentes útiles vacía.
 Trabajador y gastador juicioso,
 riquezas adquirió, se hizo famoso,
 y sucesivamente fué nombrado
 alcalde, diputado,
 inspector del marítimo registro,
 cuatro veces virey, y al fin ministro;
 todo por ser sugeto
 que su ley profesaba con respeto,
 ser íntegro y veraz de buena pasta,
 y único para armar una canasta;
 de modo que á porfía
 cada insular al verle prorumpia:
 no tenemos aquí ni habrá en el mundo
 mejor conciudadano ni cesterero,
 que el sucesor insigne de Facundo
 milésimo octogésimo primero.

Lectores y lectoras
 jóvenes, que en estudio provechoso
 vais á ocupar las fugitivas horas,
 mirad en ese náufrago dichoso
 cuya vida tracé con desaliño,
 la historia general de todo niño.
 Nace: padres, abuelos y parientes
 le reciben con júbilo y cariño;
 le miman con frecuencia,
 sobrado complacientes,
 y en fuerza de los lloros exigentes
 con que por todo á todos importuna,
 reina con absoluta omnipotencia
 desde el movable trono de la cuna.
 Pero el tiempo voráz, el que sin duelo
 traga vidas y mármoles y bronce,
 pronto deja al muchacho sin abuelo,
 y sin padres tal vez y sin herencia,
 y es forzoso por sí vivir entonces.
 A peligros tan ciertos y fatales
 otro remedio no hay que la enseñanza,
 que aprovecha en la edad plácida y verde,
 las ventajosas prendas naturales,
 ilustra corazón y entendimiento
 y un tesoro nos dá que no se pierde.
 Forma, queridos jóvenes, la vida,
 série no interrumpida
 de gusto y de tormento,
 de súbitos naufragios y bonanza;
 pero, aunque en medio de vaivenes tales,
 fiero tropel de males
 amenace violento
 doblegar vuestras débiles cervices,
 con virtud y talento,
 no teneis que temer, sereis felices.

J. E. HARTZENBUSCH.

¿Qué es la belleza?

Háblese de una muger delante de varios jóvenes que no la conozcan, y es cosa probada que la primera pregunta que hacen es sobre su hermosura. Por consiguiente, la muger no existe sino con la condicion de ser bonita, y su misión sobre la tierra es la de agradar. En cuanto se la quita este precioso don, se eclipsa del mundo en que se ama. Una muger fea es una negación, un error de la naturaleza, una flor abortada, un hermoso fruto quemado por el hielo, un árbol que se ha encorvado al crecer, es en fin una anomalía. ¿Qué es pues la belleza?

La belleza es la cosa mas caprichosa que hay en el universo. Varía como las estaciones, como los pueblos, como los rangos en la sociedad, como las modas, como las ideas de cada uno. Lo que hoy es bello mañana no lo será; y lo que aquí se tiene por tal en otra parte se tiene por todo lo contrario. Existen tantas especies de belleza como maneras de ver hay en las cabezas de los individuos que componen el anchuroso hormiguero que se agita en la superficie de nuestro planeta.

Resulta de las continuas y penosas meditaciones sobre

esta grave materia, que la belleza es menos tal ó cual forma, que tal armonía de conjunto que concuerda con la manera de sentir de tal individuo.

Es tan verdad esto, que las mugeres que segun nuestras convenciones reúnen todos los caracteres de la belleza, aunque tienen el privilegio de escitar la admiración general, no tienen siempre el de inspirar un afecto muy profundo.

Hay mugeres que son bonitas con un ojo vizco, con una nariz chata, con lábios gruesos, con cejas medio chinas. ¿Qué tienen, pues, para que agraden por lo regular? La expresión y la gracia, que es aun mas bella que la misma belleza.

Todo el mundo conviene en que las mugeres poco dotadas de belleza física son las que inspiran pasiones mas vehementes y mas duraderas. Así es efectivamente, y como piensa un filósofo francés de mucha celebridad, si una muger fea logra que la amen no es nunca con tibieza sino con delirio, porque es preciso que esto suceda por una debilidad del amante, ó por encantos mas secretos é invencibles que la belleza.

DIAS DE LA SEMANA.

Los siete dias de la semana, han sido consagrados al servicio divino de distinto modo en diferentes naciones: el domingo por los pueblos cristianos, el lunes por los griegos,

el martes por los persas, el miércoles por los asirios, el jueves por los egipcios, el viernes por los mahometanos y el sábado por los hebreos.

ANÉCDOTAS.

En una reunion del Liceo, se hallaba un joven militar al lado de dos hermanitas, cuyo exterior sencillo y aire cándido, le cautivaron, y deseando trabar conversacion con ellas, las dirigió la palabra, aprovechando el momento en que acababa de cantarse el aria del *Marino Faliero* con grande entusiasmo de todos los espectadores: «¿Son VV. filarmónicas?» les dijo. Y le contestó la mayor: «no señor, somos de Murviedro.»

Cierto marqués de tiempos atras, estaba muy mal casado, y habiéndosele muerto la muger hizo un anónimo esta redondilla.

El marqués y su muger
Contentos quedan los dos,
Ella se fué á ver á Dios
Y á él le vino Dios á ver.

PELIGROS DE MADRID.



Inconvenientes de las mudanzas en casas de escalera estrecha.